

## ¿Legado, mercado, utopía?

“Obra de tal suerte que la máxima de tu  
conducta pueda servir de máxima universal”

Kant

¿Qué decir en este final de los ritos del alumno de postgrado en la Universidad de Concepción que es a la vez el inicio de los ritos del profesional de excelencia en la academia, la empresa, la escuela o el laboratorio? ¿Qué tema de reflexión elegir que interese por igual a doctores en biología, en ingeniería, en física, en matemáticas, en literatura, en química, en física? ¿Qué hablar en esta escena de pasaje, pero, sobre todo, en nombre de quién hablar? La Dra. Ximena García me ha distinguido con la solicitud de hablar en esta ceremonia. Debo, pues, hablar, pero no en mi nombre, sino en el de la Dirección de Postgrado. Eso es obvio, para qué decirlo, pueden pensar ustedes. Y con toda razón. Estoy diciendo y diré cosas evidentes precisamente porque creo en la necesidad de recordarlas una y otra vez en esta época de incertidumbre, interrogantes y desconciertos sobre qué o quién legitima nuestro obrar y nuestro decir: ¿La Economía, la Religión, la Política? ¿La Filosofía, la Ciencia, la Tecnología? ¿Podemos hablar, por ejemplo, en el nombre del relato hoy predominante en el sistema educacional chileno que transfigura a los estudiantes universitarios en clientes, en recursos humanos, en capital humano avanzado?

Hablo, pues, en el nombre de la Dirección de Postgrado, pero este ámbito de saber-poder no prestigia aún mi discurso. Lo autoriza, porque sin su decisión no estaría aquí, pero no lo legitima, no lo acredita. Aquí, en esta nueva evidencia, se juega mi libertad. No puedo, sin duda, hablar sobre cualquier cosa, aun cuando pudiera ser pertinente (la relación universidad- mercado, universidad- desarrollo, universidad- investigación, universidad- crisis económica), pero tengo plena libertad para seleccionar el lugar desde el cual es posible pensar, para decidir en nombre de quien hablar. Mi única exigencia en este aspecto es encontrar aquello que concierna a los

nuevos doctores, pero también a sus profesores. A sus invitados y familiares, pero también a las autoridades de la universidad que les rinde este homenaje.

Un modo de empezar a encontrar lo que debería concernir a todos en este rito es preguntarnos qué significa *per se* lo que llamamos “medalla”. Recorro para saberlo al *Diccionario de la Lengua Española*. El primer sentido de la palabra, proveniente del latín *metallum*, metal, es “pieza de metal batida o acuñada, comúnmente redonda, con alguna figura, inscripción, símbolo o emblema”. El quinto, destaca su valor de signo. Distinción honorífica o premio que suele concederse en una exposición o certamen”. Distinción honorífica. Leo de nuevo nuestro diccionario: *Distinción*: “Diferencia en virtud de la cual una cosa no es otra, o no es semejante a otra. Prerrogativa, excepción y honor concedido a uno, en cuya virtud se diferencia de los otros”. *Honorífico*: “Que da honor”. *Honor*: “Cualidad moral que nos lleva al más severo cumplimiento de nuestros deberes respecto del prójimo y de nosotros mismos”. *Honorario*. Primer sentido: “lo que sirve para honrar a uno” Segundo sentido: “sueldo o estipendio que se recibe por un trabajo. “*Honrar*: “Respeto a una persona. 2. Enaltecer, premiar su mérito”. Podría seguir aquí infinitamente, y ustedes también, pues el diccionario de nuestra lengua es como el libro de arena fabulado por Borges: no tiene comienzo ni final. Promete a un lector delirante lo que es acaso el mayor goce: morir viajando entre una y otra palabra del libro-aleph lleno de revelaciones, lleno de alimento espiritual. Me detengo entonces, por *razones de tiempo*, en las palabras destacadas. Ellas evidencian por lo menos un par de cosas fundamentales sobre el sentido de esta ceremonia. Ella es un acto de reconocimiento, una forma de homenaje, un tributo de la alegría de nuestra universidad por la graduación de profesionales de la investigación cuya contribución científica, social y cultural demanda el país con “ardiente (im)pacencia”. Nada más ni nada menos. No reside aquí, con todo, el significado trascendente de este homenaje. Su mayor sentido está realmente en un lugar distinto. Este otro lugar, donde se guarda lo que por ahora llamo un arca preciosa, es sin duda inseparable del homenaje a cada graduado por su posesión de competencias propias de su disciplina, pero sin él nada los distingue de los doctorados de una u otra universidad de nuestro país. Podríamos, entonces, imaginar una ceremonia de graduación de todas las universidades hoy prisioneras de los mitos del país que un investigador de la Universidad de Harvard llama *transnación* subsumida en el discurso de una “economía abierta y global”. El orador de esa

ceremonia podría definir así las “ideas fuerzas” de la economía de mercado hoy predominante en la educación superior chilena: “los estudios de postgrado son “todo un mundo de ganadores. Hay en Chile grandes universidades para formarlos (...) 23.000 alumnos, 23 mil ganadores. Los programas innovadores son la base en la formación de ganadores. Ganadores con todas sus letras. (Las universidades aquí congregadas para premiar a sus graduados invitan a cada uno de ellos) a ser todo un ganador”. La ceremonia que describo es una ficción, pero las palabras en ella pronunciadas son tristemente históricas. Legitiman sin pudor la “razón de ser” de la autodenominada universidad privada más grande de Chile.

Un bien inmaterial, sin el cual nada diferenciaría a nuestra institución de las universidades ya rendidas a la economía de mercado, me permite encontrar el hilo de Ariadna, acaso tan sólo una luz de luciérnaga, para transitar sin extraviarnos en el laberinto de nuestras perplejidades de personas, universitarios, ciudadanos, profesionales, latinoamericanos y moradores de un mundo globalizado. Ese bien intangible tiene múltiples figuras en la historia de la Universidad de Concepción. Una de ellas, definida con sencillez y complejidad a la vez por Enrique Molina en uno de sus *Discursos universitarios*, está formada por los “dos principales fines” de su misión docente:

“El ilustre escritor José Ortega y Gasset en su conocido opúsculo sobre la Misión de la universidad señala como los dos principales fines de las actividades universitarias hacer de los jóvenes que acuden a sus aulas, buenos profesionales y hombres cultos.

Antes de que Ortega y Gasset lo dijera, nuestro instituto superior había comprendido dentro de su misión docente la realización de esas dos finalidades.

Muy denigrada se suele ver la tarea de formar profesionales, pero es una función de la cual no se puede prescindir. Cabe criticarla cuando la universidad limita a ella el campo de su acción, pero no cuando la practica en armonía con las demás funciones que le son propias (...) Los trabajos prácticos de los alumnos que por una parte tienen carácter técnico, por otro los hacen penetrar en uno de los campos más importantes de la universidad, cual es el de la investigación científica. Las labores de seminario y laboratorio tienen por objeto iniciar y adiestrar al estudiante en el manejo de los métodos científicos. Este aspecto científico de la preparación que a menudo se toma como meramente profesional, queda más en claro aún con la exigencia de que el profesor universitario sea no sólo el

maestro que da lecciones y conferencias sino también un investigador. No ha dejado sin embargo de discutirse este punto habiendo quienes sostienen que la investigación científica no debe ser una función primordial de la un universidad, y que vale más que el profesor sea un pedagogo y no un investigador. Pero nos parece que en todas las universidades que han alcanzado un más alto grado de desarrollo y adelanto se mantiene la tradición de que los profesores sean a la vez investigadores.

(La) segunda finalidad universitaria de que hemos hablado es la formación del hombre culto, entendiéndola como un proceso que puede concebirse aparte de la cultura profesional, pero en armonía con ella. // El eminente escritor español antes nombrado ha dicho en su mencionado opúsculo que cultura es el sistema vital de las ideas de cada tiempo. (Esta definición es) muy discutible, sobre todo si se la quiere tomar como faro de orientación para la educación del hombre culto. (Las) ideas dominantes se hallan (a menudo) lejos de ser una expresión de la cultura y las que pueden llegar a ser vitales para el futuro de la sociedad tampoco han alcanzado el plano que parece propio de lo que llamamos hombre culto. (La) cultura, antes que consistir en las llamadas ideas vitales de una época, debe descansar precisamente en la concepción contraria de que el alma culta no puede ser sostenida sólo por ideas exclusivamente propias de un tiempo dado, sino que tiene que serlo por fuerzas espirituales que suman sus raíces en edades anteriores lejanas, de donde extraiga la sustancia acumulada de valores permanentes.<sup>1</sup>

El poeta español León Felipe define poéticamente la situación del exiliado en el bello libro *Español del éxodo y del llanto* leído el 12 de septiembre de 1939 en la Casa de España de México: “Nadie tiene hoy en sus manos más que polvo. Polvo y lágrimas. Nuestro gran tesoro. Y tesoro serían si el hombre pudiese mandarlos. Pero nada podemos (...) ¡Ah, si yo pudiese organizar mi llanto y el polvo disperso de mis sueños! (...) Detrás y delante de nosotros se abre el mundo. Hostil, pero se abre. Y en medio de este mundo, el español solo, perfilado en el viento. Solo. Con su Arca.; con el Arca sagrada. Cada uno con su Arca. Y dentro de esta Arca, su llanto y la Justicia derribada”<sup>2</sup>. Los profesionales que aquí honramos reciben también un Arca, pero en ella no hay, no puede haber, llanto y polvo. Hay en ella, por el contrario, saberes, competencias y técnicas propias de un profesional de excelencia, pero también debe contener, *tendría que contener*, los bienes del hombre culto. Son los bienes,

---

<sup>1</sup> Enrique Molina. *Obras Completas*, Volumen IV, Concepción, Editorial Universidad de Concepción, 2000, pp. 358-363)

<sup>2</sup> León Felipe, *Español del éxodo y del llanto*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1963, pp. 116 y 124.

precisamente, sin los cuales esta institución no sería la Universidad de Concepción: valores morales (voluntad, deber, valor, responsabilidad), filosóficos (serenidad, dominio de sí, templanza), civiles (solidaridad, tolerancia), jurídicos (pasión por la justicia), éticos (reconocimiento del otro que en tanto que otro se manifiesta en el “no matarás” inscrito en su rostro) y estéticos (devoción por la belleza). La sabiduría secular los llama valores superiores, permanentes, de la especie humana. El filósofo Enrique Molina, nuestro primer rector, los denomina “soberanos espirituales” por él definidos como “entidades que no son poderes reales sino entidades esenciales que dicen lo que debe ser, (y cuya realización) depende de si encuentran en el mundo real un ser sensible a sus exigencias ideales que ponga su real energía a su servicio”

Hay, empero, dos figuras tan fascinantes como la del Arca que no posee llanto ni polvo. sino los bienes del “buen profesional” a la vez que los del “hombre culto, para precisar aún más lo que ya podríamos llamar la *bella identidad* de la Universidad de Concepción. Son las figuras de la herencia y del legado. Leo el mencionado *libro-aleph*: “*Herencia*. Conjunto de bienes, derechos y obligaciones que, al morir una persona, son transmisibles a sus herederos o a sus legatarios”. “*Legado*. lo que se deja o trasmite a los sucesores, sea cosa material o inmaterial”. “*Legar*. (Del lat. Legare). Dejar una persona a otra alguna manda en su testamento o codicilo (...) 3. fig. Transmitir, ideas, artes, etc”. Estas definiciones no destacan, con todo, lo esencial, ni siquiera lo rozan. Recorro por ello a la filosofía, no por capricho sino porque ella está en el origen mismo, en el mismo fundamento de la irrupción del acontecimiento histórico que llamamos Universidad de Concepción. Hablo específicamente de *Y mañana, qué...*. El filósofo Derrida precisa el imperativo de toda herencia o de todo legado. La herencia y el legado exigen a la vez la fidelidad y la infidelidad. La *Obra* de Enrique Molina, que cifra discursivamente el pensamiento de los fundadores de esta universidad, es, en efecto, una herencia, un legado que, por serlo, impone a todos sus herederos, es decir, a todos los que en ella han enseñado y estudiado, que enseñan y estudian y que enseñarán y estudiarán, una tarea contradictoria. Ordena reafirmar la herencia-legado y *sin embargo* reinterpretarla, acogerla y *sin embargo* escogerla. Aquí reside, dice Derrida, el testimonio de nuestra finitud: “si la herencia nos asigna tareas contradictorias es porque da fe de nuestra finitud. Únicamente un ser finito hereda y su finitud lo obliga. Lo obliga a recibir lo que es más grande y más viejo y más poderoso y más duradero que él. Pero la misma

finitud obliga a escoger, a preferir, a sacrificar, a excluir, a dejar caer. Justamente para responder al llamado que lo precedió, para responderle y responder de él, tanto en su nombre como en el del otro”.<sup>3</sup>

La noción de responsabilidad, mencionada una y otra vez por Enrique Molina en sus discursos orales y escritos, tiene un valor central en la problemática de la herencia o legado que la Universidad de Concepción impone preservar. La responsabilidad, leemos en *Y mañana, qué...*, carece de sentido fuera de una experiencia de la herencia: “Incluso antes de decir que uno es responsable de tal herencia, hay que saber que la responsabilidad en general (el “responder de”, el “responder a”, el “responder en su nombre”) ante todo nos es asignada y, de punta a punta, como una herencia (Ob.cit., pp.13-14). La significación ideal de este homenaje llamado “Otorgamiento de la Medalla Doctoral” se revela sólo aquí en toda su plenitud. Significa la entrega simbólica del bien más valioso que la Universidad de Concepción dona a sus estudiantes ya convertidos en doctores. No es un bien material, no tiene precio de mercado, pero permite que su poseedor convierta su vida en obra de arte regida por valores intelectuales, éticos, cívicos y estéticos. Impone una doble responsabilidad contradictoria e incómoda, pero nada parece ser posible ni tener interés sin ella. Es un legado, en fin, que hace posible una vida bella, pero sólo cuando se es fiel al mismo tiempo que infiel con él, sólo cuando la responsabilidad confiada en herencia se asume de modo doble. Doble porque la exhortación de acoger y sin embargo escoger, de recibir y sin embargo reelaborar, hace responsable a cada heredero *ante lo que lo precede pero también ante lo venidero. Delante dos veces*: hay una ironía tremenda en este aspecto. Muchos evidencian de distintas formas su desinterés, por no decir su ignorancia, por el conocimiento de este legado invaluable. Más aún intentan desprestigiarlo (y a quienes lo convierten en orientación de vida universitaria), llamándolo quimérico. No saben realmente lo que dicen porque queriendo negar este legado irrenunciable lo reafirman. Dicha herencia es valiosa precisamente por su utopismo, por su idealismo, por su anacronismo:“(el) heredero está doblemente endeudado. Siempre se trata de una suerte de anacronía: anticipar en nombre de aquello que se nos anticipa, ¡y anticipar el mismo nombre! ¡Inventar su nombre, firmar de otra manera, de un modo siempre único, pero en nombre del nombre legado, de ser posible!”(Derrida, ob.cit, pág. 14). Leo de nuevo el *Diccionario de la Lengua*

---

<sup>3</sup> Jacques Derrida, Elizabeth Roudinesco, *Y mañana, qué...*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, pág. 13.

*Española*: “*Idealismo*: (...). 2. Aptitud para elevar sobre la realidad sensible las cosas sobre la realidad sensible las cosas que se descubren o se representa. 3. Aptitud de la inteligencia para idealizar”. “*Idealizar*. Elevar las cosas sobre la realidad sensible por la inteligencia o fantasía”. Enrique Molina pensó sin duda en *Don Quijote de la Mancha, el libro-aleph* de la literatura hispánica, cuando denominó “Caballero de La Buena Voluntad” al profesional regido por los valores temporales de su disciplina y los valores intemporales de la humanidad. Sí, Enrique Molina, Caballero él mismo de la Buena Voluntad, es un idealista. Ahí reside justamente el valor permante, nunca inactual, del filósofo y educador que fabuló en su mente prodigiosa la utopía acaso más bella en la historia de las universidades chilenas:

(Pero) cualquiera que sean los trastornos e incertidumbres del mundo, la universidad tiene que aspirar a ser una especie de república ideal, para ofrecer a los hombres, precisamente en medio de estos trastornos e incertidumbres una orientación posible. O no es universidad. Ahí todos, maestros y discípulos, paradigmas de una existencia social que busca su perfección, deben comulgar en el ideal común del respeto a la plena dignidad humana del individuo. (El) lugar dejado vacante por los dioses de todos los Olimpos no (deben ocuparlo) sólo los (...) instintos en pugna, medro y placer, sino una constelación de valores superiores que se concretan en el amor y respeto a la personalidad humana, cifra de la libertad, investigadora de la verdad, fuente y objeto de la justicia. (La) vida del espíritu, que en sí no se halla reñida con el éxito en caso de conflicto entre el éxito y la idea inmortal (la primacía de la veneración de lo humano), está por la afirmación de la idea inmortal” (ob. cit., p. 344).

La palabra “utopía” significa en griego un lugar que no existe: “plan, proyecto, doctrina o sistema irrealizable”. El diccionario de nuestra lengua española no es un libro infinito porque en su interior nunca termina el envío de una palabra a otra sino porque también esas palabras envían a otras que están fuera del diccionario. La definición de *utopía* manda, en efecto, a incontables reverberaciones de dicha clase. Glosó sólo las del filósofo europeo y del novelista latinoamericano que leen, entre otras muchas semejantes, lo borrado en nuestro real diccionario. Ernst Bloch: *lo imposible que es posible*. Ricardo Piglia: *lo que no existe todavía. Lo que aún no existe*. La utopía del legado que da vida imponiendo la doble responsabilidad contradictoria de reafirmarlo y *sin embargo* reelaborarlo no es, pues, irrealizable. Es exactamente lo contrario. Depende de nosotros, independientemente de nuestro rol específico (estudiante, académico, autoridad, administrativo, auxiliar), que la distancia entre lo

real y lo ideal disminuya cada vez más. Acaso nunca habrá coincidencia entre el mundo soñado y el mundo real porque la historia, aun cuando en ella no hay progreso sin la utopía, es siempre hostil con el sueño de la “república ideal (consagrada) a la veneración de lo humano”. Elicura Chihuailaf, poeta mapuche que cede la voz al abuelo maya Cocom Pech, me permite recordar lo que ningún heredero del legado dador de “más alta vida”, regido incesantemente por la búsqueda de la belleza, definición misma de la pasión creadora de esta universidad, no puede o no debe olvidar: la responsabilidad de todo idealista, de todo anacrónico, de todo utópico:

El hombre que vive y no Sueña es un hombre muerto en vida. Mas ¡Ay de aquel que Sueña y no realiza sus Sueños! Acosado por las posibilidades acaba por sucumbir al insomnio de una realidad que no es suya. Realizando tus Sueños no serás esclavo de nadie, ni pretenderás someter a otros porque habrás probado los caminos de tu verdadera liberación (*Recado confidencial a los chilenos*).

No puedo terminar aquí, aunque lo deseo, porque tal fin significa engañarme y, lo realmente grave, engañar a todos ustedes. El legado que aquí se entrega simbólicamente a nuestros graduados es fundamentalmente una utopía, una aspiración que los “ideales vitales” de esta época -producción de *recursos humanos*, formación de *capital humano avanzado*- parecen convertir en un paradigma ostentadamente inactual. Quiero decir, en síntesis, que esta reflexión es sólo el inicio de un debate urgente. Un viaje ha terminado, pero otro debe comenzar. Sólo insinúo ese (re)comienzo con una constatación, unas preguntas y una fábula:

1. Una constatación me produce malestar y, sobre todo, tristeza: leo el único título de la primera página del Boletín *I + D UdeC* publicado por la Dirección de Investigación el 17 de marzo de 2008: “cambiando el paradigma de la universidad tradicional”.
2. ¿Saben los responsables de esta afirmación lo que están diciendo? ¿Qué comprenden ellos por una universidad tradicional? ¿Una universidad así definida cambia de paradigma cuando tiene una “línea de desarrollo estratégico en ciencia y tecnología?” ¿Conocen o ignoran el legado de Enrique Molina? ¿Cuál es la potestad que los autoriza a declarar con entusiasmo que nuestro *paradigma* está cambiando? ¿Saben que la decisión de ese cambio no le incumbe a uno u otro funcionario de la

universidad sino a todos, a cada uno de sus miembros? ¿Saben que la posesión de un legado impone la fidelidad al mismo que la infidelidad?

3. Me da flojera evidenciar detalladamente la aberración, en el sentido de “extravío” o “desviación”, del mencionado título de *I+D UEDC*, pero, pero sobre todo, ya no tengo tiempo para ello. Elijo, en vez de la reflexión, un sabio relato medieval. Es la historia de lo que sucedió a una zorra que se tendió en la calle y se hizo la muerta para salvarse, narrada en el Cuento XXIX de *El Conde Lucanor* de Don Juan Manuel (Siglo XIV): Transcribo literalmente la dramática narración de Patronio:

-Señor conde Lucanor – dijo Patronio – una zorra entró una noche en un corral donde había gallinas, y se cebó tanto en ellas que cuando creyó que se podría ir se encontró con que ya era de día y las gentes andaban por la calle. Cuando vio que no podía escapar salió ocultamente del corral a la calle y se tendió como si hubiera muerto. Al verla las gentes la tomaron por muerta y no se le acercó nadie, hasta que pasó por allí un hombre que dijo que los pelos de la frente de la zorra, puestos en la frente de los pequeños, impiden que les hagan mal de ojo. Dicho esto, le cortó a la zorra con unas tijeras los pelos de la frente. Después pasó otro y dijo lo mismo de los pelos del lomo; otro, que lo dijo de los de la ijada, y otros, que lo dijeron de los de otras partes. De modo que acabaron por trasquilarla. La zorra, a todo esto, no se movió, porque creía que el perder el pelo no era un daño muy grande. Después vino otro, que dijo que la uña del pulgar de la zorra era muy buena para los panadizos, y se la sacó, sin que ella se moviera. Al rato llegó otro, que dijo que el colmillo de la zorra era bueno para el dolor de muelas, y se lo sacó, sin que ella se moviera. Al cabo de un rato llegó otro, que dijo que el corazón de la zorra era bueno para el dolor del corazón, y cogió un cuchillo para sacárselo. La zorra vio que si le sacaban el corazón no era ésta una cosa que, como el pelo, volviera a crecer, sino que forzosamente moriría. Por lo cual, decidida a aventurarlo todo antes que perderse, se esforzó por escapar y consiguió hacerlo (Juan Manuel, *El conde Lucanor*, Valencia, Editorial Castalia, 1970, pp. 120-121).

El problema crucial, parece decirnos hoy esta parábola, es la lucidez de cada heredero del legado de la Universidad de Concepción para establecer los límites de cada deber contradictorio del heredero: reafirmar lo que viene antes de nosotros y al mismo tiempo reactivarlo de otro modo para mantenerlo con vida. Yo, por ejemplo, no sé exactamente cómo asumir cada día esta incómoda exhortación doble. Creo saber, por lo menos, lo primordial: el Arca en la que se encuentran las bellas figuras de la

Belleza, la Espera, la Esperanza y la Utopía a la vez que las de la Etica Profesional, el Dinamismo, la Solidaridad, el Deber, la Serenidad y el Esfuerzo, no es equivalente al pelo ni a la uña ni al pulgar ni al colmillo de la zorra. Es, por el contrario su “corazón”, “su alma”, “su espíritu”. “Sustancia” o “esencia” sin la cual la Universidad de Concepción se muere. Anoto el recuerdo que me estremece cuando releo el título “Cambiando el paradigma de la universidad tradicional” de *I + D* de marzo de 2008. Es la memoria de la expresión “dar, despedir, o exhalar el espíritu”. Su significado literal es “morir”.

Dedico estas palabras a cada uno de los graduados (¿buenos profesionales y hombres cultos?) de esta universidad. También, por supuesto, a todos mis colegas. Pero también las entrego al Dr. Sergio Lavanchy, nuestro último rector; a la Dra. María Nieves Alonso, Directora de Extensión; y al Dr. Edson Faúndez, colega que fue mi alumno de postgrado. El Rector sabe por qué. Sólo digo con pudor que admiro los múltiples testimonios de su pasión humanista por ser infiel y sin embargo fiel a nuestro legado sin el cual la Universidad de Concepción no sería la Universidad de Concepción. El ingeniero, último Rector, y el filósofo, primer Rector se reúnen así en los dos extremos temporales de esta universidad. Es el poder maravilloso del legado que hoy entregamos inscrito en la medalla que entregamos a nuestros graduados. Legar, del latín “ligare” significa “ligar o atar. Juntar, congregar, reunir” (*D.R.A.E.*). Este rito tiene, pues, un significado trascendente: liga, reúne, el pasado con el presente, a los muertos con los vivos, el pasado con el porvenir. La Dra. Alonso no lo sabe. No puedo, por razones, obvias, decir la razón pública. Señalo solamente el motivo privado. Ella es la colega escéptica que, no obstante, o por ello, me lleva a intentar liberarme de todo mito que aprisione la vida. El Dr. Faúndez acaso no sabe la razón de este regalo. Es sobre todo porque me enseña la belleza de pensar juntos sin saber ya quién es el maestro y quién es el discípulo.

Firmo, por fin, este discurso. Lo hago con un relato de Borges porque me permite decir lo que de otra manera no me sería posible: “El hilo se ha perdido; el laberinto también. Ahora ni siquiera sabemos si nos rodea un laberinto, un secreto cosmos, o un caos azaroso. Nuestro hermoso deber, (sin embargo), es imaginar que hay un laberinto y un hilo. Nunca daremos con el hilo; acaso lo encontramos y lo perdemos en una cadencia, en el sueño, en un poema, en una fórmula matemática, en las palabras que se llaman filosofía o en la mera y sencilla felicidad”. Acaso en la mera y sencilla

alegría de sentir la dulce mirada del nieto que parece decirme que no me muera *todavía*, en el placer de hilar una y otra vez la utopía que llamamos Universidad de Concepción, en el acto de reafirmar y sin embargo reinterpretar la herencia que nos constituye para que tenga lugar un acontecimiento digno de tal nombre, para que algo realmente importante ocurra: “un acontecimiento, la historia, el imprevisible por-venir” (Derrida, ob. cit, pág. 12). En la mera y sencilla felicidad, en fin, de estar aquí *ligados* por la entrega de la medalla de esta institución académica que guarda el mayor secreto creador de vida:

A mi entender, el nacimiento de la cultura debe señalarse en el momento en que se manifestó una voluntad de superación del instinto por medio de la razón, en que apareció el anhelo de perfeccionamiento y empezó la serie de inventos del hombre que han venido creando sobre esta frágil corteza de la tierra un mundo espiritual mutuamente compenetrados.

Estimamos ese núcleo primitivo de la superación del instinto como una de las cualidades esenciales de la cultura. Un hombre puede ser un gran artista, un héroe, un genio, pero si no sabe dominar sus pasiones en lo que tengan de contrario a valores éticos y jurídicos reconocidos, no es un hombre culto en este aspecto de su personalidad. Hemos seleccionado como cualidad del hombre culto el dinamismo, siempre que éste vaya acompañado de ingredientes morales. Estos los suministran el dominio de sí mismo y el sentimiento de valores permanentes que se han de instalar en su alma durante la educación. Así llegamos a percibir lo que debe ser lo esencial de este tipo de hombre: la capacidad de encarar con el alma henchida a la vez de humanidad y dinamismo los problemas actuales: meta que señala una preciosa armonía entre el indispensable bagaje humanista y la agilidad de los resortes de la voluntad”.<sup>4</sup>

El secreto de la “más alta” vida: “la primacía de la valoración de lo humano”

Gilberto Triviños

---

<sup>4</sup> Enrique Molina, ob.cit, pp. 360-361.